

19/03/20

Mónica Albizúrez



Arte/cultura / INTERLINEADOS

Tiempo de coronavirus, tiempo de números. Desde Hamburgo



Regresé de Guatemala a Hamburgo el 4 de marzo de 2020, con cierta alarma por el coronavirus, cuando ya había 3089 infectados en Italia y se empezaba a mencionar que la rapidez del contagio no era una exageración de los más alarmistas. Sin embargo, en ese viaje no presagí la contundencia de la pandemia.

Han sido días en los que me he acostumbrado a revisar cifras. Un farmacéutico de uno de los pueblos más golpeados por el coronavirus, Alzano Lombardo, en la provincial de Pergamo, decía que había aprendido que las epidemias son cuestión de matemáticas. Hay un punto de inflexión, cuando se cuentan diariamente los muertos y los recuperados, cuando se vuelven a contar camas de hospitales y se escoge quién la ocupa y quién no, cuando

se oyen campanas de las iglesias que anuncian los muertos. Este farmacéutico pregunta diariamente a quienes llegan a la farmacia, cuántas personas están en la casa, cuántos cuartos hay, cuánta distancia guardan entre todos, cuántos años tienen quienes presentan síntomas. Mientras él habla con la reportera Francesca Borri (TAZ 14/03/2020) entran nuevos clientes en la farmacia. Ya contarlos, no se puede.

Pensaba que esa es la dinámica de este encierro en este tiempo. Revisar la curva ascendente del coronavirus varias veces al día. Revisar los mapas digitales para comparar efectos. Contar más las horas del día, porque trabajo en la casa hay, pero el encierro obligado marca con más fuerza la división del tiempo.

Y también se cuenta la espera. La espera para que esa curva del coronavirus ceda y empiece la bajada. La espera para tener más respuestas sobre esta crisis que, pasadas las fiestas del

año nuevo, solo era una enfermedad preocupante en las entrañas de una región de China. Era la narración de un mercado, en Wuhan, cuyas imágenes de tráfico y consumo de especies animales interpelan sobre un mundo natural del que somos parte y que muchas veces olvidamos.

Una parte de mí esta en Hamburgo, en mi barrio, Ottensen, de orígenes autonómicos y donde tuvieron lugar luchas heroicas contra el nazismo. Hoy es un barrio que se va gentrificando demasiado rápido, pero que todavía guarda almacenes turcos, como costurerías, a donde siempre voy porque la ropa alemana siempre me será demasiado grande. Esas costurerías, llenas de hilos de colores, de sonidos de máquinas de coser y de un acento extranjero, el de las grandes olas migratorias turcas de los años sesenta, están cerradas. Al ir a comprar comida, es muy raro pasar enfrente de ellas y otear su oscuridad.

En este barrio, como en toda Alemania donde todavía al momento de escribir no hay toque de queda, existen aún rastros de algún transeúnte y de bicicletas, no es el desierto de otras partes de Europa, pero el silencio habita en la calle.

Mientras tanto, los números siguen desplegándose en las pantallas del mundo interior en el que estamos confinados. He perdido un poco la capacidad de interpretar y menos de prever. Me da miedo que luego vengan los números del resultado de esta crisis, números humanos pero también económicos.

La primavera está por venir. El 20 de marzo. 



Es doctora en Literatura y abogada. Se dedica a la enseñanza del español y de las literaturas latinoamericanas. Reside en Hamburgo. Vive entre Hamburgo y Guatemala. El movimiento entre territorios, lenguas y disciplinas ha sido una coordenada de su vida.